

Redescubriendo con IA los rostros de mujeres en la historia de Chile

Martina Mercedes Barros Borgoño

(1850-1944)

Nació en Santiago, en el seno de una familia acomodada. Pasó por diversos colegios, destacando como una alumna aventajada. Sus padres, Eugenia y Manuel, no hicieron diferencia alguna entre sus hijos cuando decidieron enviarlos a la escuela. Martina pasó primero por un establecimiento dirigido por Rafaela Fernández, pariente de su abuelo paterno, para aprender a leer. Tenía sólo tres años y era una de las más alumnas más jóvenes. Pasó luego a un segundo colegio, dirigido por Monsieur Leboeuf, donde, a los cinco años, recibió un premio de lectura. Martina reconocía que el mérito lo debía a su padre, que le había inculcado la afición por leer a tal nivel que, cuando le regalaron un Manual de Urbanidad como parte de dicho reconocimiento, pidió cambiarlo porque ya lo había leído y prefirió



El coloquio de los perros de Miguel de Cervantes. Su padre la había formado en el hábito de leer en voz alta, mientras él la escuchaba y le explicaba lo que ella no entendía. Su madrina hacía lo mismo, aunque le inculcaba la lectura de textos bíblicos. Para entonces, Martina ya estaba preparada para un mayor nivel educacional y así ingresó al colegio de una mujer inglesa, a quien menciona en sus recuerdos de infancia como Miss Whitelocke. Era una escuela mixta, que se caracterizaba por el rigor y la disciplina que la profesora inculcaba, desde los hábitos de higiene hasta las prácticas de estudio. Su padre falleció cuando ella tenía 11 años y fue entonces cuando, con sus hermanos, pasaron al cuidado de su tío Diego Barros Arana, historiador y decano de la Universidad de Chile. Martina tenía 22 años cuando publicó la primera parte de la obra de John Stuart Mill, La esclavitud de la mujer. Su publicación contaba con una introducción de Martina que aclaraba su propósito: "El título de este libro pudiera hacerlo aparecer con un alcance sedicioso que no tiene, como un caluroso llamado a una absurda rebelión, como una proclama revolucionaria que tiende a destruir la tranquila felicidad del hogar... Trata Stuart Mill de hacernos ver que la situación que la sociedad ha creado a la mujer es el resultado de un brutal abuso de la fuerza y que a medida que ese imperio del más fuerte se ve desvanecerse para ser reemplazado por el imperio de la razón y del derecho, la mujer sale de su condición oscura para ocupar un puesto más en armonía con las necesidades de su organismo y las aspiraciones de su alma (Martina Barros Borgoño, "Prólogo", La esclavitud de la mujer, Revista de Santiago, pp. 112-114). A partir de la publicación de su traducción, sintió que la lucha por los derechos femeninos no sería fácil, pero no tanto por la oposición de los hombres, sino por la incompreensión de las propias mujeres. En 1917, cuando se embarcó en la causa por el derecho al sufragio femenino, confesó que La esclavitud de la mujer fue criticada por ellas. Eso la llevó a mantener una cierta distancia y a retirarse del debate público por un tiempo, tras verse expuesta siendo tan joven. No obstante, con el tiempo y frente a los cambios experimentados en las últimas décadas del siglo XIX en el país, ya más madura, se entusiasmó otra vez con participar en estas causas. Al enterarse de la iniciativa de algunos diputados por promover el sufragio femenino, se sentó nuevamente en su escritorio para redactar sus reflexiones y argumentos y participar así del debate. Se incorporó al Club de Señoras y desde ahí contribuía con algunos trabajos. Los temas eran variados, pero muestran el bagaje cultural que Martina Barros había alcanzado. Un día pudo hablar sobre las hipótesis que circulaban en torno a la verdadera autoría de las obras de Shakespeare; otro día, hacer un reconocimiento a las mujeres de su época. Martina Barros fue una mujer ávida por conocer. Le gustaba asistir a encuentros culturales y a escuchar conferencias de científicos, escritores y artistas, con algunos de los cuales sostuvo relaciones de amistad. El novelista Alberto Blest Gana y el pintor Pedro Lira fueron algunos de ellos. Martina Barros dice que, gracias a este último, pudo apreciar mucho mejor el arte europeo cuando tuvo la oportunidad de viajar al Viejo Continente en 1918. Gracias a ese periplo, que también incluyó a Estados Unidos, pudo ponerse al día con las vanguardias culturales y con los discursos feministas que seguían cobrando fuerza en el hemisferio norte. Poco después de que se creara la Academia de Letras de la Universidad Católica, en 1929, fue invitada a formar parte como miembro y, en retribución, ella ofreció la lectura de un ensayo de su autoría, titulado Historia del feminismo y su desarrollo en Chile. Orgullosa, declaraba ser la primera mujer en haber abordado este tema en el país, pero no perdió la oportunidad para recordar que su propósito no era segregador, sino conciliador. Un par de años antes de fallecer, en 1942, publicó sus memorias.